

tos, alzó la frente, con una firme resolución y una promesa.

La misma que repetía ahora á la majestuosa noche.

IX

TAN enamorado estaba Juncal de las buenas trazas y discreción de su huésped, que al día siguiente quiso entrarle en persona el chocolate, varios periódicos, un mazo de tolerables regañas y una calderetilla con agua caliente por si acostumbraba afeitarse. No le maravilló poco encontrar á Don Gabriel ya en pié, calzado y vestido. ¡Qué madrugador! ¡Y en ayunas! ¿Qué tal el brazo? ¿Preferiría Don Gabriel el chocolate en la huerta, debajo de los limoneros? Don Gabriel dijo que sí, que lo prefería.

Razón llevaba en ello, porque la mañanita estaba fresca, el azahar trascendía á gloria, y sobre la rústica mesilla de piedra encandilaba los ojos y excitaba el paladar la vista de la bandeja con el pocillo de Caracas, la pella de manteca recién batida, que aún rezumaba suero, el vaso de agua serenada en el pozo, el pan de dorada corteza y las lengüetas rubias de los bizcochos finamente espolvoreados de azúcar.

—Su señora de V. es una gran ama de casa—observó jovialmente Don Gabriel al sorber el

último residuo del aromático chocolate.—Nos trata á cuerpo de rey. Es increíble el gusto con que se come en el campo, y qué bien sabe todo. Parece que se le quitan á uno diez años de encima.

Con efecto; fuese por obra del campo ó por otras causas, semejaba remozado el huésped de Juncal.

—¿V. quiere ir esta tarde á casa del cura de Ulloa, sin falta? ¿No sería mejor descansar otro diita en mi choza?

—Me urge, amigo Juncal. Pero si V. por esa ojeriza que profesa al clero no quiere acompañarme...—murmuró Don Gabriel risueño, limpiándose los bigotes con encarnizamiento, á fuer de hombre pulcro.

—¿Quién? ¿Yo? ¿A casa del cura de Ulloa? ¡Por vida del chápiro verde! Si todos fuesen como ese... me parece que acabaría por volverme beato.

—No todos pueden ser iguales, señor Don Máximo, V. bien lo sabe.

—Mire V., natural sería que el clero... Digo, creo que les tocaba dar ejemplo á los demás.

—El clero es el reflejo de la sociedad en que vivimos. No estamos ahora en los primeros siglos del cristianismo—replicó con cierta malicia discreta Don Gabriel, mirando á Juncal que echaba lumbres con un eslabón para darle mecha encendida, pues á causa del viento y de las caminatas, el médico había proscrito los fósforos.

—Ríase V. de cuentos... Bien gordos y repo-

lludos andan los tales parroquetáceos—refunfuñó Máximo empleando el vocabulario peculiar de *El Motín*—á cuenta de nuestra bobería... Más tocino tiene el arcipreste encima de su alma que siete puercos cebados.

—Pues en realidad, la profesión es de las menos lucrativas que hoy se pueden seguir. ¿Por ambición, quién diablo va á hacerse clérigo? Amigo, seamos razonables. Antaño, decir canónigo era decir hombre de vida regalona y riñón cubierto; hogaño el canónigo á quien le alcanza el sueldo para comer principio y llevar manteos decentes, se tiene por dichoso. Un cura de aldea es un pobre de solemnidad: cuando más, llegará adonde llegue un labriego acomodado: á tener la despensa regularmente abastecida; y eso para un hombre que recibe cierta instrucción y tiene por consecuencia necesidades que no tiene el labriego... ya V. ve... Esto lo sabrá V. mejor que yo, porque hasta ahora mi carrera me mantuvo alejado de Galicia.

—¿Es V. artillero, señor Don Gabriel?

—Para servir á V.

—Por muchísimos años. ¿Grado?

—Comandante efectivo. Hoy excedente, á petición mía. Convéznase V.: al clero no le podemos exigir tantas cosas.

—Pero V. también sabe de sobra... ¿porque V. habrá viajado? ¿eh?

—Sí, he estado algún tiempo en el extranjero.

—En otras partes, la ilustración, la moralidad....

—Moralidad... Sí... Pero el hombre es hombre

en todas partes. El clero protestante, en Inglaterra por ejemplo, alardea de muy moral; sólo que un vicario protestante, en resumidas cuentas, es un hombre casado, un empleado con buen sueldo y respetadísimo; ¿qué ha de hacer? ¿Tendría V. disculpa si incurriese en algún desliz, amigo Juncal, con esa bella, complaciente y hacendosa mitad, y esta dorada medianía que goza? Y además toma V. un chocolate... ¡Cuántas veces habrá V. echado en cara á los frailes la afición á chocolatear! ¡Pues lo que es V... no se descuida!

Dijo esto Don Gabriel golpeando familiarmente en el hombro del médico, porque veía á éste colgado de su boca y oyéndole como á un oráculo, y no quería poner cátedra. Sucédiale á veces avergonzarse del calor que involuntariamente tenían sus palabras al discutir ó afirmar, y para disimularlo recurría á la ironía y á la broma. Juncal se extasiaba encontrando tanta sencillez y llaneza en aquel hombre cuya superioridad intelectual, social y hasta psíquica le había subyugado desde el primer instante.

—Vamos—pensaba para su capote—que aunque fuese mi hermano no estaría más contento de tenerle aquí. Y todo cuanto dice me convence... No sé disputar con él, ¡qué rábano!—Echóse el sombrero atrás con un papirotazo del dedo cordial sobre la yema del pulgar, ademán muy suyo cuando quería explicar detenidamente alguna cosa, y añadió:—Mire V., así que conozca al cura de Ulloa y le compare con los demás... Se quita la camisa por dársela á los pobres: no

alza los ojos del suelo : dicen que hasta trae cilicio... Apenas quiere cobrar á los feligreses ni oblata, ni derechos, ni nada, y su criado (porque ese no entiende de amas ni de bellaquerías) está que trina, como que les falta á veces hasta para arrimar el puchero á la lumbre.

—Bien, ese ya es un santo—repuso Gabriel.
—¡Si abundase tal género, qué mayor milagro! Pero en general, qué va V. á exigirle, señor Don Máximo, á una clase tan mal retribuída? ¡Instrucción, dice V.? ¿Sabe V. lo que cuesta la carrera de un seminarista? Una futesa, porque si costase mucho, la Iglesia no podría sostenerlos... ¡Instrucción! ¿Dónde se recluta la clase sacerdotal? Entre los labriegos ó los muchachos más pobres de las poblaciones. La clase media, que es la cantera de que se extraen hoy los sabios, buena gana tiene de enviar al Seminario sus hijos... Los manda á las universidades, y de allí, si puede, al Parlamento, caminito del Ministerio, ó al menos del destino pingüe... En las clases altas, por milagro aparece una vocación al sacerdocio : ¡los tiempos no son de fe! La aristocracia es devota, mas no lo bastante para producir otro duque de Gandía. Y los pocos que se inclinan á la Iglesia, van á las órdenes, en particular á los jesuítas. Así y todo, nuestro Episcopado, señor de Juncal, le aseguro á V. que compite con cualquiera de Europa, en luces y en piedad... Y nuestro clero parroquial, aunque algo atrasado y díscolo, posee virtudes y cualidades que no son de despreciar.

—Es V...—preguntó Juncal con la cara más

afigida del mundo—es V... neocatólico, por lo visto.

—No, nada de eso—respondió apaciblemente Gabriel.—Soy, platónicamente hablando, avanzadísimo ; tengo ideas mucho más disolventes que las de V.; solamente... Pero, ¡qué limoneros tan hermosos!

Tomó una rama y respiró con delicia los cálices blancos, de pétalos duros como la cuajada cera.

—Estoy encantado con mi tierra, Don Máximo... Es de los países más poéticos y hermosos que se pueden soñar. Yo no conocía ni esa parte de Vigo, tan pintoresca, tan amena, ni esto de aquí ; y lo poco que ya he visto, me seduce... El suelo y el cielo, una delicia; el entresuelo... gente amable y cariñosa hasta lo sumo ; las mujeres parece que le arrullan á uno en vez de hablarle.

—¿Mecha otra vez?

—Gracias, no fumo más. ¡Vamos á saludar á la señora? Aún no le hemos dado los buenos días.

—Catalina apreciará tanto... Pero á estas horas... *va en el molino*, de seguro. Así que alistó el chocolate, le faltó tiempo para recrearse con aquel barullo de dos mil diablos que arman las parroquianas...

Una mariposilla blanca, la vanesa de las coles que abundaban por allí, vino revoloteando á posarse en el sombrero de Juncal. Don Gabriel tendió los dedos índice y pulgar entreabiertos, para asirla de las alas. La mariposa, como si olfatease aquellos amenazadores dedos, voló con gran rapidez, muy alto, entre la radiante

serenidad matutina. Don Gabriel la siguió con los ojos estirando el pescuezo, y el médico reparó en lo bien cuidada (sin afeminación) que traía la barba el comandante. Cada pormenor acrecentaba la simpatía en el médico, que estancado en la cultura de los años universitarios, arrinconado en un poblachón, olvidado ya, á fuerza de bienestar material y de pereza mental, de sus antiguas lecturas científicas y sus grandes teorías higiénicas, conservaba, no obstante, la facultad de respetar y admirar, en un grado casi supersticioso, cuando veía en alguien la plenitud de circulación y el oxígeno intelectual que él había ido perdiendo poco á poco. Además, ¡era tan cortés, resuelto, despejado y afable aquel señor!

Gabriel permanecía con los ojos medio guiñados, como cuando seguimos un objeto distante. Sin embargo, la mariposa había desaparecido hacía tiempo. El artillero se volvió de repente.

—Don Máximo, ¿me hará V. el favor de contestar francamente á varias preguntas que tengo que hacerle?

—Señor de Pardo, por Dios... Me manda, y yo obedezco. En cuanto le pueda servir...

—Pensaba entenderme con el abad de Ulloa; pero por la descripción que V. me hace de él, temo... ¿cómo diré?... temo que sea uno de esos seres angelicales, pero inocentes y pacatos, que no le sacan á uno de dudas... y que, además, por lo mismo que son buenos, conocen mal á la gente que les rodea. (A medida que hablaba Don

Gabriel, aprobaba más enérgicamente con la cabeza el médico, murmurando—“Por ahí, por ahí!”) V. es un hombre inteligente y honrado, Juncal...

Ruborizóse éste como se ruborizan los morenos, dorándosele la piel hasta por las sienes, y con algo atragantado en la nuez, murmuró:

—Honrado... eso sí... Me tengo por honrado, señor Don Gabriel. Tanto como el que más.

—Pues yo fío en V. enteramente. Sepa que he venido aquí con objeto de casarme...

Abrió Juncal dos ojos tamaños como dos aros de servilleta.

—...Con mi sobrina, la señorita de Moscoso.

—¿La señorita de Moscoso?—exclamó el médico, apenas repuesto de la sorpresa.—¿Qué me dice, Don Gabriel? ¿La señorita Manolita? ¡No sabía ni lo menos!

—Ya lo creo—repuso Gabriel soltando la risa.—Como que tampoco lo sabía yo mismo pocos días hace; ni lo sabe nadie aún. Es V. la primera persona á quien se lo cuento.

Juncal sintió dulce cosquilleo en la vanidad, y aturrullado de puro satisfecho, trató de formular varias preguntas, que Gabriel atajó adelantándose á ellas.

—Diré á V., para que comprenda mi propósito, que la persona ¡á quien más quise yo en el mundo fué mi pobre hermana Marcelina, la que casó con Don Pedro Moscoso; y si hay cielo— aquí le tembló un poco la voz á Don Gabriel—allí debe de estar pidiendo por mí, porque fué una... má... una santa. Al morir me dejó encargada

su hija; no lo supe hasta que mi padre falleció. Yo me encuentro hoy libre, no muy viejo aún, sin compromisos ni lazos que me aten, con regular hacienda y deseoso del calor de una familia. Teniendo Manolita padre como tiene, un tío... no está autorizado para velar por ella. Un marido, es otra cosa. Si no le repugno á mi sobrina, y quiere ser mi mujer... estoy determinado á casarme cuanto antes.

Juncal, poniendo las manos en los hombros del artillero, respondió vagamente, cual si hablase consigo mismo:

—En efecto... no hay duda que... Realmente, ¿quién mejor? La verdad es...

Miró Don Gabriel, sonriéndose de alegría, al médico. Su corazón se dilataba dulcemente con la confianza, y se le ocurría que por la serena atmósfera revoloteaba un porvenir dichoso, columpiado en el espacio infinito, como la mariposilla blanca, que una superstición popular cree nuncio de dicha. Clavó sus ojos garzos en el médico: la luz del día hacía centellar en ellos filamentos de derretido oro. Se había guardado los quevedos en el bolsillo, y parpadeaba como suelen los miopes cuando la claridad les deslumbra.

—Francamente, Juncal, no conozco á mi sobrina Manuela, ni sé... ¿Cómo es?

—El retrato de su difunta madre, que esté en gloria —respondió cristianamente el tremendo clerófobo Juncal.

—¡De su madre! —repitió el artillero extasiado.

—Pero más buena moza, no despreciando á la pobre señorita... La madre era... algo bisoja y delgada... Esta mira derecho, y tiene unos ojazos como moras maduras... Alta, carnes apretaditas, morena con tanto andar al sol... buenas trenzas de pelo negro... y bien constituida. No digamos que sea una chica hermosísima, porque no tiene las *perfecciones* allá hechas á torno; pero puede campar en cualquier parte... Vaya si puede.

—Si se parece á Nucha, para mí ha de ser un sarafín, Don Máximo.

—Y á V. se parece también, no se ría, señor de Pardo... Ya sabe que á V. lo saqué yo ayer en el coche, por su hermana.

—Siempre hay eso que se llama aire de familia... Don Máximo, mire V. que aún no he empezado, como quien dice, á preguntar lo que quiero saber. Yo he sido franco con V.: ¿V. lo será conmigo?

—No faltaba más. Aunque me fuera la vida en responder.

—Diga V. Mi cuñado...

X

JUNCAL terminó la semblanza y biografía de Don Pedro Moscoso y Pardo de la Lage, conocido por marqués de Ulloa, con las siguientes filosóficas reflexiones:

—No todos sus defectos hay que imputárseles á él, sino (hablemos claro) á la crianza empecatada que le dieron... Sería mejor que se educase él solito ó con los perros y las liebres, que en poder de aquel tutor tan animal, Dios me perdone... y tan listo para sus conveniencias... ¡Y se llamaba como V., Don Gabriel!

El comandante sonrió.

—Maldito lo que se parecen... Como iba diciendo, yo, hace años, muchos años, que no pongo los piés en los Pazos de Ulloa; desde aquellas elecciones dichosas en que anduve contra Don Pedro... porque lo primero de todo son las ideas y los principios, ¿verdad, Don Gabriel?

—Sin duda, sobre todo cuando uno los ha pesado y examinado y está seguro de su bondad—respondió el artillero.

—Tiene V. razón... á veces se calienta la cabeza, y hace uno disparates... pero, en fin, yo soy liberal desde que nací, y en vez de enfriar con los años, me exalto más.

—¿Dice V. que no va por allí? ¿Cómo anda de salud... mi cuñado?

—Regular... está muy grueso y padece bastante de la gota, como el ditunto tío, por lo cual dicen que gasta muy mal humor y que ha perdido la agilidad, de manera es que no puede salir á caza como antes.

—Y... ¡acuérdesse V. de que me ha prometido ser franco! ¿Y... esa mujer que tiene en casa?

—Mire V., como yo no voy por allí... con repetirle lo que se cuenta... y unos hablan de un modo y otros de otro; pero yo me atenderé á lo que dicen los más formales y los que acostumbran ir á los Pazos. V. ya sabe que tal mujer estaba en la casa antes de casarse su señor cuñado; enredados los dos, por supuesto, y el padre siendo el verdadero mayordomo y en realidad el dueño de la casa, aunque por *plataforma* trajeron allí al infeliz del cura de Ulloa, que no sirve para el caso... Había un chiquillo precioso, y pasaba por hijo del Marqués. Pero resultó que después de la boda de Don Pedro, la muchacha, por su parte, se empeñó en casarse con un labriego de quien estaba enamoradísima, y á quien le colgó, ¿V. se enteró? el milagro del rapaz. Este labrador, que ahora anda hecho un caballero, siempre de tiros largos, se llama el *Gallo* de apodo, y nadie le conoce sino por el apodo ó por el *Gaitero de Naya*, porque lo fué; y el remoquete de *Gallo* se lo pusieron sin duda por lo bien plantado y arrogante mozo, que lo es, mejorando lo presente. Un poco antes mataron al padre de la muchacha...

—¿No le asesinaron por una cuestión electoral?

—Justo... ¿Según eso, está V. en autos?

—Uno que venía conmigo en la berlina... el recipreste no... el otro...

—¿*Trampeta*?

—Pequeño, vivaracho, entrecano...

—El mismo. Pues le contó verdad. Al gran

pillastre de Primitivo me lo despabilaron de un trabucazo, en venganza de que los había vendido á última hora, tanto que les hizo perder la elección (Juncal bajó la voz involuntariamente). ¿Ve V. aquellas tapias, pasadas las primeras... donde asoman las ramas de un cerezo con fruta? Pues son las del huerto de Barbacana, el cacique más temible que hubo en el país... Dicen que ese ordenó la ejecución, aunque el verdugo fué una especie de facineroso que anda siempre á salto de mata, de aquí á Portugal y de Portugal aquí ..

Gabriel meditaba, sepultando la quijada en el pecho. Luego se caló distraídamente los quedos.

—Así somos, amigo Juncal... Un país imposible, en ese terreno sobre todo. Antes que aquí se formen costumbres en armonía con el constitucionalismo, tiene que ir una poca de agua á su molino de V.... Decía cierto hombre político que el sistema parlamentario era una cosa excelente, que nos había de hacer felices dentro de setecientos años... Yo entiendo que se quedó cortó. Al caso; dígame todo lo concerniente á la historia...

—Hoy en día, á Barbacana ya lo llevan acorralado, y se cree que trata de levantar la casa é irse á morir en paz á Orense... Porque va viejo, y no le dejan respirar sus enemigos. El que vino con V., Trampeta, con el aquel de protegido de Sagasta, es ahora quien sierra de arriba... En fin, todo ello para nuestro cuento importa un comino. Así que mataron al padre,

la muchacha se casó con su *Gallo*, y cuando se creía que el Marqués los iba á echar con cajas destempladas, resulta que se quedan en la casa, ellos y el rapaz, y que está su señor cuñado contentísimo con tal muñeco... Esto fué antes, muy poco antes de morir la señorita su hermana...

Gabriel suspiró, juntando rápidamente el entrecejo.

—No había quedado nada fuerte desde el nacimiento de la niña: yo la asistí, y necesité echar mano de todos los recursos de la ciencia para que...

—¿V. asistió á mi hermana?—exclamó el artillero, cuyos ojos destellaron simpatía, casi ternura, humedeciéndose con esa humedad que es como el primer vaho de una lágrima antes de subir á empañar la pupila.

—Entonces, sí, señor; que después, ya se lo dije á V., el Marqués hizo punto en no volverme á llamar... La pobre señora se quedó, según dicen, como un pajarito; se le atravesaron unas flemas en la garganta...

Los ojos de Gabriel, ya secos, ardientes y escrutadores, se posaron en Juncal.

—Don Máximo, ¿cree V. en su conciencia que mi hermana murió de muerte natural?—pronunció con tal acento, que el médico tartamudeaba al contestar:

—Sí señor... ¡sí señor! ¡sí señor! Puedo atestiguarlo con solo una vez que la vi en la feria de Vilamorta, donde estaba comprando no sé qué, allá unos seis meses antes de la desgracia.

La fallé, y dije (puede V. creerme como estamos aquí y Dios en el cielo): —No dura medio año esta señorita.—(Pasóse Gabriel la mano por la frente). Don Gabriel—prosiguió el médico,—¿qué le hemos de hacer? Su hermana era delicada; necesitaba algodones; encontró tojos y espinos... De todas las maneras, ella siempre fué poquita cosa... Volviendo á la niña, no digamos que su padre la maltrate, pero apenas le hace caso... El contaba con un varón, y recuerdo que cuando nació la pequeña, ya renegó y echó por aquella boca una ristra de barbaridades... Al que adora es al chiquillo de la Sabel. Si lo querrá, que hasta se ha empeñado en que estudie, y lo manda á Orense al Instituto, y piensa enviarlo á Santiago á concluir carrera... El muchácho anda lo mismo que un mayorazgo: su buen reloj de oro, su buena ropa de paño, la camisola fina, el bastoncito ó el látigo cuando va á las ferias... y yegua para montar, y dinero en el bolsillo...

Asió Juncal con misterio la solapa de la americana de Don Gabriel, y arrimando la boca á su oído, susurró:

—Dicen que le quiere dejar bajo cuerda casi todo cuanto tiene...

En vez de fruncir el ceño el artillero, despejóse su encapotada fisonomía, y contestó en voz serena:

—Ojalá. ¿Se admira V. de mi desinterés? Pues no hay de qué. Es cierto que considero obligación del hombre sostener la familia que crea al casarse; pero no soy de esos tipos que tanto les

gustan á los autores dramáticos de ahora, que no se casan con una mujer de quien están perdidamente enamorados, sólo porque es rica. En el caso presente me alegro, porque cuantas menos esperanzas de riqueza tenga mi sobrina, más fácilmente se avendrán á entregármela, á mí que no he de exigir dote... Confieso que tenía yo mis miedos de que me diese calabazas mi señor cuñado. Verdad que como no me las dé Manolita, soy abonado hasta para robarla... ni más ni menos que en las novelas de allá del tiempo del rey que rabió.

Miró Juncal la fisonomía del artillero, á ver si hablaba en broma ó en veras. Revelaba cierta juvenil intrepidez, y la resolución de poner por obra grandes hazañas, á pesar de los blancos hilos sembrados entre la barba y el pelo que escaseaba en las sienas.

—Si ella no me quiere... y bien puede ser, que al fin soy viejo para ella... (Juncal hizo con manos y rostro, vivamente, signos negativos)... entonces... no habrá raptó. De todos modos, por cuestión de cuartos no se ha de deshacer la boda: yo lo fío. Aparte de que, siendo ese chico hijo del marqués, natural me parece que le toque algo de la fortuna paterna.

—¿Quién sabe de quién es el chico? Y es como un pino de oro.

—¿Más lindo que mi sobrina? Mire V. que voy á defender, como el ingenioso hidalgo, sin haberla visto, que es la más hermosa mujer de la tierra.

—De fea no tiene nada: pero de vestir, la

traen... así... nada más que regular. Muchas veces no se diferencia de una costürerita de Cebre... Vamos, la pobre tuvo poca suerte hasta el día.

—A arreglar todo eso venimos—contestó Gabriel levantándose, como deseoso de echar á andar sin dilación en busca de su futura esposa. Su huésped le imitó.

—Entonces, ¿á qué hora de la tarde quiere V. salir para la rectoral de Ulloa?—preguntó muy solícito.

—He mudado de plan; ya no voy... Iré dentro de un par de días á saludar al señor cura. Tengo por V. cuantos informes necesito, y puedo presentarme hoy mismo en los Pazos de Ulloa sin inconveniente alguno.

—¿Le corre tanta prisa?

—¿Qué quiere V.? Cuando uno está enamorado...

Juncal se rió, y volvió á mirar á su interlocutor, gozándose en verle tan animoso. El sol ascendía, la proyección de sombra de las tapias y el emparrado empezaba á acortarse. Por la puerta del huerto asomó una figura humana inundada de luz, de frescura y color: era una mujer, Catuxa, con el delantal recogido y levantado, lleno de aechaduras de trigo que arrojaba á puñados entorno suyo chillando agudamente:—Pitos, pitos, pitos..., pipí, pipí, pipí... Seguíanla los pollos nuevos, amarillos como canarios, con sus listos ojillos de azabache, con sus corpezuelos que aún conservaban la forma del cascarón, columpiados sobre las patitas en-

debles. Detrás venía la gallina, una gallina pedreña, grave y cacareadora, honrada madre de familia, llena de dignidad. A la nidada seguía una horda confusa de volátiles: pollos flacos y belicosos, gallinas jóvenes muy púdicas y modestas, muy sumisas al hermosísimo bajá, al gallo rojizo con cresta de fuego y ojos de ágata derretida, que las custodiaba y les señalaba con un cacareo lleno de deferencia el sustento esparcido, sin dignarse probarlo. Don Gabriel se detuvo muy interesado por aquel cuadro de bodegón, que rebosaba alegría. El gallo le recordó el mote del marido de Sabel, y, por inevitable enlace de ideas, los Pazos de Ulloa. Y al pensar que estaría en ellos por la tarde y conocería á la que ya nombraba mentalmente *su novia*, la circulación se le paralizó un momento, y sintió que se le enfriaban las manos, como sucede en los instantes graves y decisivos.

—¡Fantasía, fantasía!—pensó.—¡Cuidadito... no empieces ya á hacer de las tuyas!

XI

ANTES de salir de Cebre á caballo, rigiendo una yegua y una mulita, detuviéronse ciertos momentos Juncal y Don Gabriel en el *alpendre* ó cobertizo del patio del mesón donde re-